

bre del mismo año 275. El entusiasmo del Senado y de sus partidarios en Roma y en las demás ciudades principales del imperio fué grande, porque no dudaban ya que en adelante el Senado nombraría al jefe del poder ejecutivo y del ejército, así como los gobernadores generales de las provincias; es decir, que el emperador sería en adelante el primer jefe militar, el capitán general de los ejércitos del imperio, y el Senado la autoridad suprema del Estado, sin cuya aprobación ningún decreto del emperador tendría validez, y que todo lo civil, en especial la hacienda, incumbiría al Senado.

¡Vana ilusión! Esta fué cabalmente la última vez en que el Senado decidió de la suerte del imperio.

Tácito fué un emperador excelente, benigno y humano como ninguno; desplegó una actividad grande en el fomento de los intereses materiales del imperio, particularmente en la mejora del estado monetario, y con un desprendimiento sin ejemplo dedicó todo su inmenso caudal particular á las atenciones del Estado. Era amigo de las artes y ciencias, y mandó que en ninguna biblioteca faltasen las obras de su célebre ascendiente, á cuyo fin dispuso que á expensas del



Moneda de bronce del emperador Tácito con la inscripción: IMP(erator) C(aius) M(arcus) CL(audius) TACTIVS AVG(ustus)

gobierno se hicieran cada año diez copias. También atendió al deseo del ejército de llevar ante los tribunales á los asesinos de Aureliano. Mas á pesar de todo esto, fué de cortísima duración su reinado.

Al poco tiempo de haber tomado Tácito las riendas del gobierno llegaron noticias de nuevas masas godas y alanas que diciéndose contratadas por Aureliano contra los persas habían atravesado el mar Negro y desembarcado en la parte oriental del Asia Menor, extendiendo sus correrías de rapiña y saqueo hasta la Cilicia. Entonces púsose en camino para el Asia el anciano Tácito con su hermano L. Anio Floriano, á quien había nombrado prefecto de la guardia pretoriana, y tuvo la fortuna de rechazar y arrojar del país á los bárbaros. Pero alejado este peligro, notáronse entre los altos jefes del ejército tendencias á nuevos pronunciamientos, fomentadas por los asesinos de Aureliano y sus cómplices, á quienes no había alcanzado todavía el brazo de la justicia y temían que les castigase.

La primera víctima fué Maximino, gobernador general de la Siria, primo de Tácito y hombre severísimo y orgulloso; y poco tiempo después el anciano emperador, á los seis meses de reinado, murió asesinado en el país de Ponto, en el mes de abril del año 276.

En semejantes circunstancias, Floriano, el hermano del difunto, y que ni era general sobresaliente ni figuraba en el Senado, tuvo el valor de proclamarse emperador. Por algún tiempo conformóse todo el mundo, y Floriano tuvo bajo su mando, á lo menos nominalmente, todo el imperio; pero pronto se conoció que el ejército se inclinaba á favor de otro, el cual era Marco Aurelio Probo, el primer capitán de la época una vez muerto Aureliano.

Probo era, como Aureliano, natural de Panonia. Había nacido el 19 de agosto del año 232 en Sirmio, y era hijo de un hortelano, que en el ejército había llegado á ser jefe de una sección de tropas auxiliares. El hijo por sus cualidades personales y su talento militar había ascendido mucho mas

rápidamente, protegido por Valeriano, el cual, sabiendo con sagacidad extraordinaria descubrir y distinguir los talentos, encargó á Probo, todavía joven imberbe, el mando de una cohorte, y en vista de sus brillantes hechos de armas contra los sármatas y godos, le confió después el de una legión. Sucesivamente le honraron con su confianza los emperadores Galieno, Claudio y Aureliano, y ya dijimos que fué probablemente el que siendo gobernador general del Egipto persiguió á los godos en el mar Egeo, les rechazó hasta el mar Negro y marchó luego contra los palmiranos, que en su ausencia habían penetrado en el Egipto. Era un hombre de valor, arrojo é integridad á toda prueba, y estaba tan respetado por lo mismo, que Tácito habría preferido que el Senado le hubiese elegido emperador en su lugar, porque le consideraba como el mejor sostén del imperio. Ya que el Senado había sido de otro parecer, le confió el mando superior de las tropas de todo el Oriente, es decir, de la Mesopotamia, la Comagene, Siria, Fenicia, Palestina y Arabia, con residencia en Emesa.

En esta situación, cuando Floriano se declaró sucesor de su hermano Tácito, el ejército de Oriente proclamó á Probo, que se hallaba entonces en Egipto. Floriano, al saberlo, hallándose todavía en el Asia Menor, en las provincias ribereñas del mar Negro, marchó con su ejército, superior en número, á Cilicia para desde allí atacar á su competidor. Probo dejó que Floriano acampase en las llanuras de Tarso para atacarle cuando el ardor del verano con todas sus penalidades empezase á diezmar las tropas europeas; pero no llegó el caso de combatir, porque en el mes de julio del año 276, Floriano fué asesinado por su propia gente, se supone que por los oficiales, que cada día sentían mas repugnancia á marchar contra el simpático Probo. Este, que contra su deseo personal se revistió de la púrpura, fué reconocido en todo el imperio; y en 3 de agosto le aceptó el Senado, al cual el nuevo emperador, el tercero de los grandes emperadores ilirios, confirmó en la posesión de los privilegios que Tácito le había devuelto.

Probo, hombre benévolo y clemente, conocedor de las necesidades y de los intereses del pueblo, y animado del deseo ardiente de dedicarse á satisfacerlos y á dar al imperio una era de paz, se vió obligado como Aureliano á vivir casi siempre en campaña para hacer frente á los peligros exteriores que amenazaban constantemente las fronteras.

Apenas hubo castigado á los asesinos de Aureliano y de Tácito, dejando prudentemente para otra ocasión el castigo del asesinato de Floriano, tuvo que acudir presuroso á las orillas del Rin para defender aquella frontera contra los germanos, á los cuales solo el prestigio y la aureola de gloria de un gran capitán podían imponer y tener á raya. Desde la muerte de Aureliano se habían mostrado especialmente peligrosos para la Galia los francos en el Norte, y los alamanos y los yutungos en el Sur. Estos, teniendo ocupada ya la Tierra del Diezmo, podían libremente penetrar por la Helvecia en el centro de la Galia; y como ya en tiempo de Galieno el territorio de Avenches (Aventicum) había sido devastado, una parte importante de la Galia del Norte y del centro padecía los males de la irrupción germánica.

En el año 277 Probo pudo presentarse en la Galia con fuerzas suficientes para escarmentar á los germanos. Mientras sus generales hacían retroceder á los francos, él rechazó á los alamanos y á sus aliados, no solo expulsándolos de las diez poblaciones principales que ocupaban, sino llevándoles en retirada hasta mas allá del Rin, al otro lado del Nekar y de las montañas de Suabia. No contento con esto, y desarrollando grandísima energía, reorganizó la Tierra del Diezmo y fortificó de nuevo la frontera por aquel lado, construyendo

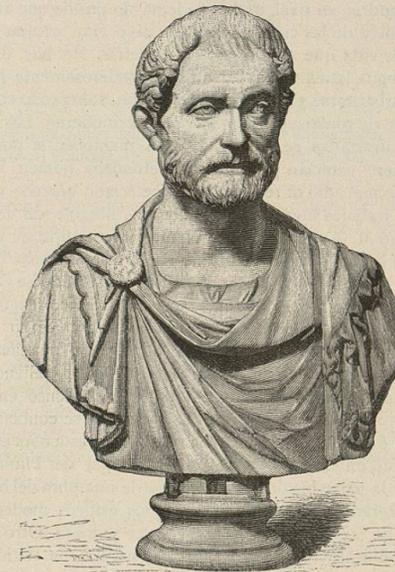
en diferentes puntos campamentos fortificados y restableciendo especialmente la línea de fortificaciones entre el Bajo Mein y el Alto Danubio. De aquí se originaron nuevas luchas con masas germánicas del interior, como los borgoñones y vándalos silingos, que bastante tiempo antes se habían movido desde la Silesia y del Alto Oder hácia el centro de Alemania, tocando al territorio de los alamanos y empujándolos hácia la Galia. Probo derrotó completamente á estas masas, así como á otras de la raza germánica llamadas ligias y procedentes también del interior de la parte de Silesia, que trataron de penetrar en territorio romano por el lado del Alto Rhin. Por mas que los romanos hacían una guerra de exterminio, las masas germánicas parecían indestructibles, lo cual desesperaba al ejército, que veía siempre delante de sí el mismo número de enemigos. Por esto Probo adoptó el recurso de ofrecer una moneda de oro por cada cabeza de germano que sus soldados le llevasen. Al fin los caudillos germanos se vieron precisados á pedir la paz. El botín, consistente principalmente en prisioneros, fué enorme, y gran número de estos fueron alistados en el ejército y otros establecidos como colonos en diferentes puntos.

En el verano del año 278 trasladóse el emperador al Bajo Danubio para asegurar también aquella frontera y organizar en gran escala una nueva colonización romana en aquella parte del imperio. A este fin entró en tratos con varias tribus que habían tomado posesión de la antigua Dacia oriental; y mientras se fué preparando su traslación á los territorios despoblados de la península balcánica, pasó el emperador al Asia Menor, donde escarmentó duramente á los feroces isaurios en muchos encuentros encarnizados. En esta campaña tomó varias de sus temibles madrigueras fortificadas en las fragosidades de las montañas como Cremna, en la Pisidia; penetró en los valles mas elevados y estableció en diferentes puntos del territorio isaurio colonias de veteranos. Al propio tiempo en Africa los generales de Probo dieron una terrible batida á los blemios, pueblo de la Nubia, de color pardo, de pequeña estatura, inteligente pero facineroso, que desde el tiempo de Decio había sido el terror de los labradores egipcios. Además, situando un cuerpo de observación en la frontera de Persia, y adoptando una actitud enérgica, consiguió de los persas un tratado de paz favorabilísimo para Roma.

Arreglado todo esto en el Oriente, volvió el emperador en el año 279 al Danubio para realizar la proyectada repoblación de la Mesia y la Tracia. Entre las masas transdanubianas, las que mas se prestaron á la colonización y acabaron con el tiempo por fundirse completamente con la ruda población romana de aquellos territorios fueron 100,000 bastarnos, de origen germánico, pero casi completamente sarmatizados, que antes habían sido súbditos de la Dacia y después de Roma, y que en tiempo de Probo se veían empujados por los godos. La colonización por medio de otras tribus germánicas como las gépidas, godas y vándalas, no tuvo tan buen éxito, porque no dejaron de hacer correrías, saqueando y asolando las comarcas vecinas, y fué menester someterlas por la fuerza. Las masas de germanos francos que Probo envió desde el Rin para establecerlas á orillas del mar Negro, se rebelaron, se apoderaron de un gran número de embarcaciones, pasaron en ellas al Mediterráneo, y de allí al Océano, y llegaron á las embocaduras del Rin. En el camino cometieron innumerables atrocidades, y en Siracusa hicieron una matanza horrorosa, aprovechando la ocasión en que la atención y las fuerzas militares de Roma estaban dirigidas hácia la Germania.

Pero los grandes servicios que Probo prestó al imperio no pudieron impedir en diferentes partes que las tropas volvieran á su ya antigua costumbre de proclamar emperadores faccio-

sos, y no faltaron generales temerarios que sin motivo serio alguno admitieran el papel de pretendientes. Casi simultáneamente, en los años 279 y 280 se sublevaron varios de ellos, revistiéndose desde luego de la púrpura imperial. Saturnino, natural de Mauritania, se levantó en el Egipto y la Siria; Prócuro, natural de Albingaunum, en la Liguria, se sublevó en Lion, ciudad que guardaba todavía rencor de lo que le había hecho sufrir el emperador Aureliano por haber abrazado la causa de Tétrico; y en Colonia se proclamó también emperador el general Bonoso, que había nacido en Inglaterra y era hijo de un español y de una mujer gala, hombre muy dado á la bebida, pero soldado afortunado, que temía el castigo por haber dejado incendiar por una banda de germa-



Probo (Museo de Nápoles)

nos una parte de la escuadra del Rin. Estos tres pretendientes sucumbieron uno tras otro. Saturnino murió en Apamea en un encuentro con las fuerzas imperiales, Prócuro fué entregado en manos de Probo por sus auxiliares francos en una batalla que tuvo con las tropas de este, y finalmente si bien con mas trabajo, sucumbió también Bonoso. Al mismo tiempo la guarnición de Roma tuvo que sofocar una sublevación de prisioneros de guerra godos, sármatas, isaurios y blemios, destinados á servir de gladiadores en las funciones del circo. En todas estas guerras, como en las de Aureliano, se formó un gran número de excelentes generales que mas adelante y por mucho tiempo desempeñaron un papel importantísimo.

No obstante sus brillantes victorias, Probo fijaba preferentemente su atención en los trabajos pacíficos, sobre todo en la agricultura, en la repoblación y roturación de comarcas desiertas, en el fomento del cultivo de la vid y en el de la navegación. Para proteger el cultivo de la vid dió un gran paso anulando la disposición de Domiciano que lo permitía solo dentro de estrechos límites. Probo dió completa libertad, y desde entonces se multiplicaron las viñas de una manera asombrosa en España y en la Galia. Entonces se supone que se plantaron también las primeras viñas á orillas del Rin y del Mosela, así como en la Mesia Alta y en la Hun-

gría meridional, donde el mismo Probo hizo las primeras plantaciones.

Mientras de esta manera, en los intervalos de las guerras formidables, recibían nueva vida los intereses materiales de los pueblos; mientras se repoblaban las comarcas desiertas, y los romanos y los romanizados mostraban su fuerza y vigor asimilándose innumerables masas de colonos bárbaros y peleando contra ellos con éxito cuando invadían el territorio romano; mientras el movimiento intelectual y religioso brotaba exuberante en el seno de la iglesia cristiana, las letras paganas iban decayendo cada vez más. Verdad es que Atenas conservaba todavía la justa fama de sus escuelas de gramática, retórica y filosofía, y de sus gloriosos maestros, gracias en parte a la memoria del difunto Longino; cierto es también que Alejandría, su rival, brillaba además lo mismo que antes por el cultivo de las ciencias exactas; pero eran escasas las señales de vida que daban las bellas letras. No hay duda que la lengua latina se fué extendiendo poderosamente, pero no sin barbarizarse y dividirse en dialectos, sobre todo en las provincias de romanización relativamente moderna. Las clases más ilustradas se empeñaban en mantener la pureza clásica, pero carecían para ello de verdadero número. Esta época que precedió al reinado de Diocleciano aparece muy pobre en trabajos literarios. El poeta más notable de aquel tiempo fué M. Aurelio Olimpio Nemesiano, natural de Cartago, que después de la muerte de Probo escribió una obra didáctica sobre la caza, de la cual se han conservado 425 hexámetros, notables por su facilidad, corrección y rico lenguaje. En el ramo de la jurisprudencia había ya largo tiempo que Roma no producía ninguna notabilidad; pero en cambio vivió según parece en tiempo de Valeriano y de Galieno el compilador erudito Cayo Julio Solino, que condensó en su *Collectanea rerum memorabilium*, lo mejor que se conocía en geografía e historia. Las tres cuartas partes de esta obra están tomadas de un extracto de la obra principal de Plinio el Mayor, y la parte histórica está sacada de una obra del buen tiempo literario. Como obra literaria, los críticos modernos tildan la de Solino de afectada, sin gusto y difusa. Otro gramático y filósofo fué Nonio Marcelo, natural de África y compilador puramente mecánico, que utilizó especialmente para su obra, sobre la propiedad de las palabras (*De proprietate sermonis latini*), las de Gelio y otras posteriores. Como autor goza pobrísimo concepto por su deficiencia en las materias que trata y su falta de cuidado, pero en cambio tiene su obra mucha importancia por los trozos que cita de autores romanos antiguos.

De los diversos historiadores romanos que dejaron a los escritores de la época siguiente un riquísimo material sobre los sucesos del tiempo agitado que medió desde el reinado de Alejandro Severo, solo los nombres han llegado hasta nosotros. El más importante de todos ellos fué Dexipo, excelente historiador ateniense, cuyos trabajos concienzudos utilizaron con justa confianza, no solamente las generaciones posteriores inmediatas sino también mucho después los autores bizantinos. Era este el mismo Dexipo que como valiente oficial también supo en el año 267 expulsar de su país a los hérulos. Descendía de una de las familias más primitivas del Atica; poseía un gran caudal, y era tan notable historiador, retórico, filósofo y erudito, como excelente militar y hombre de Estado práctico. Probablemente fué también profesor en la universidad o escuela superior de Atenas. Escribió en cuatro libros la historia del período macedonio-helénico posterior a Alejandro Magno; otra historia en doce libros, que empieza en los tiempos primitivos y llega hasta el reinado del emperador Claudio II el Gótico; y finalmente una obra especial, de un valor histórico inapreciable, sobre las

guerras con los godos en el siglo III. Los bizantinos posteriores comparaban a Dexipo nada menos que con Tucídides, y nosotros podemos compararle como militar y como historiador con Jenofonte, sin temor de exagerar sus méritos. Se cree que Dexipo murió en el reinado de Probo.

Por desgracia del imperio fué demasiado corto el reinado de este gran emperador, que murió también a manos de los soldados, irritados de que los emplease en las obras públicas, según la antigua costumbre romana. Grandes trabajos de esta clase para el fomento de la agricultura había dirigido Probo personalmente en la Mesia y en la Panonia. Entre otros había emprendido la desecación de un vasto terreno pantanoso cerca de su ciudad patria, Sirmio, por medio de un canal; pero estas obras penosas no eran ya del gusto del soldado en aquellos tiempos de anarquía militar, y probablemente estando ejecutándose trabajos de esta clase, en la Retia o en la Nórica, sublevóse una sección del ejército y proclamó al viejo prefecto de la guardia pretoriana y uno de los generales más queridos de Probo, Aurelio Caro, natural de Narona, en Dalmacia, el cual hubo de admitir la púrpura en el verano del año 282 y marchar en seguida a Italia y a Roma. El nuevo pretendiente resultó luego más peligroso que los del año 280, porque las tropas que Probo envió contra su antiguo amigo Caro se pasaron a las filas de este, y mientras el emperador meditaba las resoluciones que había de adoptar le alcanzó la muerte. Estando inspeccionando un día de los más calurosos del mes de setiembre o de octubre, del año 282, las obras del canal de Sirmio, los soldados se abalanzaron a él en un acceso de furor y le mataron, a pesar de los esfuerzos que hicieron los oficiales para salvar la vida de su emperador. Un instante después se apoderó el arrepentimiento de los amotinados; pero de nada sirvió ya el magnífico monumento funerario que erigieron en honor de Probo.

El nuevo dueño del imperio, el emperador Caro, era un hombre de grandes méritos, perteneciente a la clase senatorial y dotado también de gran instrucción; pero no llegaba a la altura de Probo en grandeza de carácter ni en dotes de soberano. Era severísimo, como que castigó sin misericordia a los asesinos de su predecesor, pero de una severidad demasiado áspera.

La peor consecuencia de la muerte de Probo fué que los alamanos sacudieron el temor que el anciano héroe les había inspirado y renovaron con más ímpetu que nunca sus ataques a la Tierra del Diezmo, que esta vez quedó definitivamente perdida para el imperio. Los alamanos, unidos a los yutungos, empujados por los borgoñones, arrollaron con fuerza irresistible a las guarniciones romanas, se derramaron por el país y costó gran trabajo a los generales del imperio defender contra los invasores la línea del Rin, desde Maguncia a Basilea y desde allí al lago de Constanza. Este desastre no habría ocurrido si el emperador Caro no hubiese concebido desde el primer día de su reinado el plan de humillar a la Persia y concluir así la obra que Probo había interrumpido con el tratado de paz hecho con los persas a fines del año 278 o a principios del siguiente. Probablemente habíase vuelto a agriar las relaciones entre el imperio y el rey Varanes II, sucesor desde 275 o 276 de Varanes I, y que en 275 había sido condenado a muerte a Manes, el fundador de la secta maniquea. La guerra debió de ser ineludible a juzgar por la decisión con que Caro la emprendió. Para estar más libre, encargó a M. Aurelio Carino, el mayor de sus dos hijos, a quienes previamente había nombrado césares, el gobierno del Occidente, y le hizo marchar a la Galia con un respetable ejército; pero el joven Carino, que solo pensaba en los placeres de la corte, encargó muy pronto

a sus generales la guerra contra los alamanos y se volvió a Roma. Ya su padre había salido de esta capital con su hijo segundo, M. Aurelio Numeriano, y a principios del año 283 estaban ambos en camino para Oriente. El joven Numeriano era muy instruido y de notable talento literario. El principio de la campaña no pudo ser más brillante, y Caro, al pasar por la Iliria, alcanzó una victoria capital sobre los cuados y yazigios, junto al Danubio, que habían invadido el territorio romano. Cuando después en Asia las fuerzas romanas se encontraron con el ejército persa en la frontera de la Mesopotamia y la Armenia, dispersaron a las huestes persas en la primera batalla. Desórdenes políticos en el interior de Persia no permitieron al rey Varanes oponer al enemigo todas sus fuerzas, y Caro pudo atravesar sin obstáculos la Mesopotamia, conquistar a Seleucia y la ciudad vecina, llamada Coche, pasar el Tigris y marchar contra Ctesifonte, la fastuosa capital de los reyes persas. Allí, sin embargo, terminó la carrera victoriosa del emperador Caro, porque el ejército mostró repugnancia a continuar la campaña en el interior de Persia, y en esta disposición de ánimo, dió crédito a una pretendida profecía que decía que ningún emperador romano pasaría de Ctesifonte. Aprovechando esta preocupación para su medro personal, el prefecto de la guardia pretoriana, Arrio Aper, ambicioso sin conciencia, cuya hija estaba casada con el joven César Numeriano, formó, según parece, una conspiración contra Caro, el cual murió quemado, y quizá asesinado antes, en su tienda de campaña, incendiada por los conjurados durante una de las tempestades acompañadas de rayos y truenos, tan frecuentes en aquel país y en aquella época del año, que eran los últimos días de diciembre de 283. El cadáver del anciano emperador fué consumido por las llamas, y luego se dijo al ejército y se escribió a Roma que un rayo había incendiado la tienda.

Carino, el César odiado, y el amable Numeriano, fueron reconocidos y proclamados co-emperadores, aquel en Roma y este en Ctesifonte. Numeriano, gobernado por su suegro, no continuó la guerra, y se dirigió a marchas lentas en el año 284 desde el Tigris hacia el Bósforo, porque su salud había padecido mucho de resultados de las penalidades de la guerra, y el calor y el polvo le habían inflamado los ojos de tal suerte que no podía sufrir la luz. Así, teniendo que estar siempre encerrado en su tienda, y en las marchas en una litera bien cubierta, era su suegro el que se cuidaba del gobierno y del mando.

A principios de setiembre del mismo año llegó el ejército a orillas del Bósforo; el grueso fué alojado por lo pronto en Calcedonia, y Numeriano con sus guardias pasó a Perinto, cerca de cuya ciudad se alojaron. A mediados del mes corrió entre los soldados la voz de que Numeriano había muerto, y así era en efecto, pero no lo publicaba su suegro para ver si podía ser nombrado su sucesor; con lo cual atrajo sobre sí la sospecha de haber precipitado la muerte de su enfermizo yerno. La tropa no se tranquilizó y forzó la entrada de la tienda imperial, y los soldados, al ver que su joven emperador había fallecido, prendieron a Aper, el cual no opuso resistencia, y no fué castigado en el acto porque los jefes del ejército convinieron en reunirse para elegir un nuevo emperador que le juzgara. El consejo se celebró y acordó proclamar a Diocleciano, genio poderoso que inauguró una nueva época en la historia del imperio.

Diocles se llamaba entonces este personaje, que era general y contaba a la sazón treinta y nueve años. Había nacido en el año 245 en la ciudad de Doclea o Dioclea, situada a catorce horas al Norte de Scodra, hoy Scutari, en la Dalmacia. Su origen era tan humilde y oscuro, que treinta años después de su muerte no se sabía si él o su padre habían

sido esclavos y luego libertos, siendo lo más probable que su padre fuere liberto y escribiente del senador romano Anulino. El joven Diocles en tiempo de Galieno entró como muchos otros compatriotas suyos en el ejército, donde ascendió rápidamente y llegó a general, siendo bien quisto de los grandes emperadores guerreros y respetado por todos sus colegas, no precisamente por grandes hechos de guerra sino por su inteligencia extraordinaria y penetrante, su moralidad, su talento administrativo, su prudencia y su firmeza inmutable. Entre todos los generales de Caro, era Diocleciano sin disputa el más calificado para gobernar el imperio. Su reserva era tal, que de todos sus compañeros, solo uno, su íntimo amigo Maximiano, sabía que Diocles era partidario creyente,



Moneda de bronce del emperador Caro con la inscripción: IMP(erator) C(aius) M(arcus) AVR(elius) CARVS P(ater) F(ilius) AVG(ustus).

sincero y devotísimo de los antiguos cultos, de los oráculos y augurios. En efecto, creía firmemente en la profecía que una druidesa celta le había hecho, siendo todavía oficial joven y estando acantonado cerca de Atuatuca (hoy Tongern), en Bélgica, diciéndole que llegaría a ser emperador cuando hubiese muerto un jabalí (en latín *aper*). Desde entonces había muerto Diocles muchos jabalíes, pero nunca al verdadero, que a la sazón tenía tan cerca, o sea el general Aper, suegro del difunto Numeriano.

Diocles, hasta su elección por sus compañeros del ejército acampado en Calcedonia y Perinto, había desempeñado el cargo de jefe de la guardia imperial de Caro y de Numeriano.



Moneda de bronce de Carino con la inscripción: M(arcus) AVR(elius) CARINVS NOBIL(issimus) CAES(ar).

El 17 de setiembre del año 284 fué proclamado solemnemente emperador, y su primer acto debió ser la formación de causa a Aper, causa que terminó en breve. Cuando sentido en el tribunal, fué conducido el acusado a su presencia, el recuerdo del oráculo celta se apoderó del nuevo emperador con una fuerza tan irresistible que ya no atendió a la justicia que ante todo exigía la averiguación de la culpabilidad o del tanto de culpa de Aper, solo oyó la voz interior del oráculo: «Serás emperador cuando hayas muerto al jabalí.» Así, dominado por la superstición no menos que por la ambición, desenvainó la espada, volvióse de cara al sol, juró que ninguna parte había tenido en la muerte del emperador, y dicho esto, atravesó con el acero el pecho de Aper, diciendo: «Este es el causante de la muerte de Numeriano.» Este acto de sultan oriental no debió de producir la mejor impresión en el ánimo de los que lo presenciaron; pero el nuevo emperador, que entonces tomó el nombre de Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, no tardó en borrar aquel mal efecto con grandes hechos y un gobierno digno y acertado. Por lo pronto se dirigió a Nicomedia, en cuya ciudad entró en 27 de setiem-

bre de 284, y allí preparó su campaña contra su competidor Carino, reuniendo un numeroso ejército con las legiones y demás fuerzas disponibles.

Carino, que no estaba dispuesto á renunciar voluntariamente en favor de Diocleciano á su imperio de Occidente, dió bastante que hacer á su competidor. Era abominado Carino por su carácter perverso, sus vicios, su brutalidad y su instinto vengativo y cruel, que recordaba al monstruoso Nerón. Durante su corto reinado solo se ganó el afecto del pueblo de la capital, deseoso siempre de espectáculos excitantes y de donativos, que Carino le dispensaba con mano pródiga mientras él se entregaba á todos los excesos sin cuidarse del gobierno, pasando el tiempo en compañía de comediantes, bufones y meretrices. Sus aventuras amorosas eran infinitas, siendo lo menos malo todavía que en poquísimos tiempo se casó con nueve mujeres, repudiándolas apenas casado con ellas. Trató al Senado con una insolencia estúpida que irritó á esta corporación contra él, tanto mas cuanto que veía que Carino, en lugar de rodearse de personas dignas, vivía entre farsantes indecentes y colocaba en los puestos mas elevados é importantes á sujetos miserables, comiendo además muchos actos de despotismo cruel. No obstante, no era Carino cobarde, y hasta tenia talento militar, que fué lo que le hizo peligroso para Diocleciano.

Tan pronto como pudo se puso en marcha con su ejército, que era numeroso, y al pasar por el Veneto derrotó á las fuerzas de otro usurpador llamado Juliano, que á la muerte de Caro se habia sublevado tambien. Hecho esto se dirigió en el año 285 á la Mesia, donde se le opusieron las fuerzas de Diocleciano. Las hostilidades se prolongaron hasta el verano, sin ningun resultado decisivo, hasta que los dos ejércitos principales se encontraron frente á frente cerca de la ciudad de Margo, situada junto á la desembocadura del Morava en el Danubio, entre el monte Aureo y el campamento fortificado de Viminiaco. En la batalla que se libró mostróse superior el ejército de Carino; pero sus generales, á cuyas mujeres el emperador habia seducido, no quisieron que venciese, y uno de ellos le mató en un momento favorable en medio de la refriega. Entonces el ejército se declaró por Diocleciano, que fué reconocido tambien por el Senado tan pronto como llegó la noticia á Roma.

El nuevo emperador se ocupó desde el primer instante con toda su energía en llevar á cabo la magna empresa de la restauración del imperio, empezada por los tres grandes emperadores ilirios que le habian precedido; pero en el interregno de los hijos de Probo, y durante la corta y reciente guerra civil, los movimientos y traslaciones de tropas habian originado nuevas y peligrosísimas complicaciones en diferentes partes del imperio. En el Egipto habian vuelto á sus antiguas irrupciones los blemios de la Nubia, y en Alejandría

se proclamó emperador L. Elpidio Aquiles, con tan buen éxito que el Egipto quedó por gran número de años separado del imperio. La Panonia se vió inundada de masas germánicas y sármatas; en la frontera de la Galia, del lado del alto Rin, las tribus alamanas se habian ya apoderado definitivamente de la Tierra del Diezmo, y finalmente, en el Nordeste de la Galia estalló una revolucion formidable entre la población rural, calamidad que hasta entonces no habia conocido el imperio romano.

El Nordeste de la Galia desde la muerte de Póstumo habia padecido de una manera indecible, principalmente por efecto de las continuas invasiones y horrorosas depredaciones de los germanos, de los francos y alamanos, y además por resultado de las inaguantables contribuciones y tiranías de los grandes propietarios y de los municipios. La miseria llegó á desesperar á la población rural, cuya sangre celta no pudo sufrir ya tanta opresión, y en el verano del año 285 estalló el movimiento en el Nordeste. Hombres libres, colonos súbditos de los propietarios, colonos arrendatarios, siervos de la gleba y esclavos, introducidos en el país desde la Germania como siervos ó prisioneros de guerra, y que por su número y su situación ahogaban la población celta indígena del campo, obligándola á degradarse de una manera ú otra hasta la condicion servil, se agruparon en una sola masa y se levantaron contra sus opresores. Pronto reforzados con vagos, aventureros y proletarios de toda procedencia, se organizaron y se arrojaron sobre sus tiranos; y á pié y á caballo, armados como podian y excitados hasta la demencia, cometieron toda clase de atrocidades en los propietarios y en los habitantes pacíficos, incendiaron las aldeas y destruyeron muchas ciudades, cuyo populacho les abrió las puertas. Llamáronse estos desesperados feroces *bagaudos*, de una palabra celta cuyo significado se ignora (1). En el estado en que se hallaba el país, las autoridades eran impotentes para resistir á estas bandas. Fueron, pues, creciendo y organizándose cada día mas, tanto que llegaron á proclamar emperadores á dos de sus jefes, Amando y Eliano, que establecieron junto á la embocadura del Marne un campamento fortificado, desde el cual sus partidarios extendieron sus correrías siniestras hasta la cuenca del rio Saona. Desde entonces el mundo europeo, especialmente en los tiempos feudales, ha visto muchas sublevaciones análogas de la oprimida y tiranizada población rural, rebajada á la condicion de bestias, y una de las mas célebres y terribles fué la que se llamó de la *jacquería*, en el siglo XIV. Esta rebelión fué la parte mas siniestra de la herencia que tocó á Diocleciano con la púrpura imperial.

(1) Se deriva de *bagad*, que en celta significa conjunto de individuos reunidos. (N. del T.)

PARTE SEGUNDA

LA ÉPOCA DE DIOCLECIANO Y DE CONSTANTINO

CAPITULO PRIMERO

EL EMPERADOR DIOCLECIANO

Diocleciano necesitó toda su energía para acudir vigorosamente á tantos puntos de peligro, y toda su inteligencia para aprovechar estas circunstancias y realizar á su favor sus vastísimos proyectos de reforma. Comenzó su reinado con una generosidad nunca vista en Roma, porque no se ensañó con ninguno de los partidarios de Carino; no hubo ni las sentencias de muerte ni los destierros y confiscaciones que hasta entonces habian acompañado á cada cambio de gobierno. Sin perder un instante, ocupóse en restablecer la tranquilidad en la Galia, en el Oriente y en el Danubio. En este último país juzgó su presencia personal mas necesaria; y como no era menos urgente restablecer el orden en la Galia, sofocando la sublevación de los *bagaudos* y rechazando á los germanos, envió allí á su amigo Maximiano. Además, para evitar que este despues de vencer hiciese lo que habian hecho tantos otros y se proclamase emperador, nombróle César mientras él se dirigía á la Panonia.

Maximiano era hijo de un colono establecido en Sirmio y habia ascendido hasta general en el ejército por su valor personal y su pericia militar. Era capaz tambien de gobernar con acierto y buen éxito grandes provincias; pero no habiendo recibido mas instruccion ni mas educación que las que se acostumbraban á dar á un hijo de labrador, era como labrador, toscó, y como soldado, rudo y fácilmente irritable. Su mirada espantaba, pero tenia á Diocleciano, su compañero de armas desde muchos años, un afecto y una veneración sin límites. Diocleciano le dominaba en absoluto y podia contar con su fidelidad inquebrantable, fortificada además por supersticiones astrológicas. Diocleciano, á pesar de ser tan precavido y taciturno, le confiaba todos sus secretos y sus planes mas atrevidos. El nuevo César, deseoso de merecer la confianza y las bondades de su amigo, marchó á la Galia, atacando primero á los *bagaudos*, que no resistieron el ataque de las legiones ni la táctica del general, y despues de algunos encuentros diéronse por vencidos. Entonces Maximiano, hijo del pueblo tambien y nada orgulloso de tan fácil victoria, se condujo con una moderación admirable, y teniendo en consideración los tristes motivos que habian llevado á los sublevados á empuñar las armas, redujo los castigos á lo mas necesario. No hubo, pues, matanzas en masa ni ejecuciones capitales. Por otra parte, lo que convenia era restablecer la paz y el orden, y no despojar todavía mas la Galia. Sin embargo, las causas que habian provocado la sublevación, continuaron subsistiendo en gran parte, y se exacerbaban en el trascurso del tiempo hasta suscitar mas adelante nuevas convulsiones, segun veremos todavía en esta obra.

De todos modos, á principios del año 286 estaba restablecido el orden en la Galia, y el emperador recompensó á su

amigo fiel elevándole en 1.º de abril del mismo año á la dignidad de co-emperador, con los nombres de Marco Aurelio Valerio Maximiano.

El trabajo de hacer frente á tantos y tan grandes peligros exteriores é interiores, y de restaurar y reanimar al propio tiempo el imperio, era tan grande y colosal que excedía á las fuerzas de un solo hombre; y comprendiéndolo así Diocleciano, resolvió dividirlo sin dividir el imperio. Además del gobierno general, reservóse el especial de las provincias desde la Retia hasta el Eufrates y la Nubia, estableciendo su cancillería en la ciudad de Nicomedia, en la Bitinia; y dió á Maximiano el gobierno del resto del imperio, la Italia, Africa, España, la Galia y la Inglaterra, designándole por capital y centro de administración á Milán y concediéndole derechos casi soberanos y un tesoro independiente para las atenciones de su gobierno. Ciertas reservas aseguraban á Diocleciano la dirección y el poder supremos, y para conservar tambien exteriormente la unidad del imperio dispuso que las órdenes imperiales, los edictos y las inscripciones que lo permitieran fuesen encabezados con los nombres de los dos emperadores, los cuales debian tambien ponerse en adelante en las monedas. Otras reformas radicales se hicieron paso á paso hasta la desaparición completa de los peligros exteriores.

Por lo pronto urgía defender la frontera del Rin, continuamente amenazada y violada por los alamanos empujados por los borgeños, que gradualmente se iban introduciendo entre ellos y los catos, á expensas de estos últimos, rechazados hácia el Mein. Cuando los alamanos efectuaban invasiones en el territorio romano, solian seguirles y asociarse con ellos los borgeños. Cuando Maximiano, en la primavera del año 286, hubo tomado sus posiciones en Maguncia y su comarca, aquellos pueblos germánicos hicieron una invasión tan formidable que Maximiano no pudo tomar la ofensiva hasta que los bárbaros empezaron á carecer de víveres en las comarcas invadidas, cuyos habitantes habian conseguido refugiarse en su mayor parte con sus ganados, muebles y provisiones en las ciudades amuralladas. Entonces Maximiano se lanzó sobre ellos, y sus esfuerzos fueron coronados por el éxito.

No costó tanto el exterminio de otras tribus de la Germania Baja que habian desembarcado en la costa de Bélgica y penetrado en el interior de la Galia. Eran sajones marítimos, establecidos entre el Báltico y la desembocadura del Elba, unidos con hérulos ó sea godos. Estos sajones se hicieron desde aquella época enemigos terribles y constantes del imperio, molestando continuamente las costas de Inglaterra y del Norte de la Galia, hasta entonces libres de enemigos. A ellos se agregaron luego los francos, que paulatinamente habian ocupado la Frisia y el país de los bátavos, desde donde con el auxilio de los habitantes antiguos emprendieron tambien expediciones marítimas de rapiña y desolación á las costas inglesas y galas hasta la que es hoy Bretaña francesa.